

Rebeca Recabarren

La literatura argentina

(Un libro del Dr. Arturo Giménez Pastor)



DECIR «literatura argentina» implica referir el pensamiento a una manifestación literaria animada por un sentido de personalidad nacional; cosa que cuando menos ha de definirse con los elementos esenciales de una actividad colectiva individualizada.

Para que haya esto han de concurrir indispensablemente la unidad sociológica y el espíritu político; esa identificación de conjunto que crean los sentimientos, el idioma, los intereses comunes y la conciencia del propio destino entre los destinos de los demás pueblos y que hace de una agrupación humana una nación.

He aquí el núcleo vital de la obra. Primero extranjeros y luego hijos de la tierra, van levantando la estructura de la historia literaria argentina, brillante, dinámica y ascendente, a un ritmo en armonía con las escuelas estéticas europeas, pero con caracteres singularmente originales y fuertes.

Descubiertas y pobladas las tierras del Río de la Plata «por la España conquistadora y colonizadora del siglo XVI; fundada la ciudad de Santa María de los Buenos Aires en 1536; organizado el virreinato del Río de la Plata e iniciada una exis-

tencia que no conoció el fausto de otras cortes virreinales sin pasado histórico, surgieron sin embargo, manifestaciones literarias, expresión genuina de una existencia pacata y lugareña.

Problamente a mediados del siglo XVI, se inicia la poesía con un «Romance elegíaco» de Fray Luis de Miranda, conservada en el archivo de Indias por el historiador chileno Morla Vicuña.

Pero las producciones literarias consideradas como argentinas, fueron escritas por extranjeros sobre temas de historia y naturaleza local: el «Viaje al Río de la Plata» de Ulderico Schmidel; los «Comentarios» de Alvar Núñez Cabeza de Vaca; la «Argentina» de Martín del Barco Centenera; la «Descripción breve de los reinos del Perú, Tucumán y Chile» de Reginaldo de Lizárraga y la «Argentina» de Ruy Díaz de Guzmán, son obras precursoras de esta literatura sudamericana que cerró su ciclo con el «Lazarillo de ciegos caminantes» de Concolorcorvo, seudónimo de Calixto Bustamante Carlos, en el siglo XVII.

Es digna de tomarse en cuenta la obra legada por los cronistas de la Compañía de Jesús, a quienes su orden confiaba el trabajo de documentar los esfuerzos realizados por ella en las Indias Occidentales.

En el siglo XVIII Félix de Azara termina la serie de escritores viajeros de la época colonial con «Viaje por la América meridional».

El primer teatro que se alzó en suelo argentino fué la «Casa de Comedias» que empezó a funcionar bajo el gobierno del virrey mejicano del Río de la Plata, Juan José de Vertiz y Salcedo.

El 1.º de abril de 1801, los vecinos de Buenos Aires tuvieron entre manos la primera hoja impresa en circulación que se llamó «Telégrafo Mercantil» y que nació a iniciativa del coronel español Francisco Antonio Cabello y Mesa. En este periódico publicó su «Oda al Paraíso», José Manuel de Labardén, quien

era conocido a esa fecha, como iniciador de la producción dramática argentina con su tragedia «Siripo».

La invasión inglesa de 1806, consecuencia de los planes sobre Sud-América presentados por Sir Home Popham y realizada por Beresford, suscitó una literatura de amplia vibración épica. De «aquel gárrulo concierto» como llama Giménez Pastor la producción de circunstancias, se destacaron algunos, entre ellos, Vicente López y Planes autor de la futura canción nacional argentina.

Pero estos poetas cantaron entonces su nacionalismo heroico contra el inglés, ofrecido humildemente al rey de España, animados de un sentimiento de sumisión y respeto al soberano.

Llegado el 25 de mayo de 1810, muy otra fué la musa que despertó en espíritus que antes jamás sintieran inquietudes creadoras, himnos épicos cantando su independencia en solidaridad americana.

«Entre nosotros casi toda la literatura destinada a vivir más allá del día, está limitada a la poesía; en ella está nuestra historia, en ella nuestras costumbres, en ella nuestras creencias, ideas y esperanzas». Así sintetizó Florencio Varela, el valor integral del sentimiento que animó la poesía patriótica de la independencia.

«Este rasgo es de particular interés—añade Giménez Pastor—porque lleva a la vida intelectual del país, una expresión literaria de sentimiento político propio y porque esa expresión lírica, fué el verbo de la revolución como sentimiento patriótico, como programa de acción nacional, como voz tribunicia y como historia».

La poesía y los poetas nacidos con la revolución argentina, la siguieron en cada uno de sus movimientos y fueron eco de sus episodios militares y conquistas civiles.

Es la época de Esteban de Luca, Fray Cayetano Rodríguez y Bernardo de Vera y Pintado, autor de la primera canción nacional chilena. Himnos escolares y marchas patrióticas florecen

«pródigos en entusiasmo generoso ya que no siempre ricos en aliento poético».

La pampa y el gaucho habían hecho ya su aparición literaria en la obra de Concolorcorvo, «Lazarillo de ciegos caminantes», pero sólo había sido continuada en la tradición oral que llegó a resumirse en la leyenda de Santos Vega, animador del poema de Rafael Obligado.

«Tipo humano de singular individualidad, dice Giménez Pastor, personifica la entidad genuina del hijo del suelo en contraposición con el hijo de la ciudad. Hombre del espacio abierto que nace y muere respirando la pampa, señor de la extensión despoblada, en quien han fundido su sangre el indio del desierto y el aventurero español».

Primeramente fué el decir gauchesco el que lució en coplas y cielitos, luego la pampa y el gaucho crearon en torno suyo, una literatura de singular relieve americano.

Pero Hidalgo, Ascasubi, Hernández y del Campo, no fueron gauchos ni por nacimiento ni por medio ambiente, como tampoco lo fué Rafael Obligado. Sin embargo es en la forma de versificar gauchesca donde alcanzaron la franca naturalidad que afluye como mérito incomparable a sus obras.

En 1817 se constituyó en Buenos Aires, la «Sociedad del buen gusto en el teatro», con el fin de «fundar la gloria intelectual de la Patria», según las palabras del gobernador-intendente a los convocados para realizarla. Figuraban entre los componentes de dicha sociedad, Vicente López, Esteban de Luca y el clérigo chileno Camilo Henríquez, quien presentó una obra que fué rechazada por la «Sociedad del buen gusto...».

Dice Giménez Pastor: «Esa iniciativa tan ambiciosa como candorosamente inspirada por la decisión de suscitar un teatro nacional propio, pudo quizá promover el ejercicio de una capacidad literaria que originara la realidad futura de ese teatro». Pero sin un concepto director de la empresa, la Sociedad se limitó desde un principio a traducciones, «arreglos» y produc-

ción de obras que hacen sentirse al público mismo en la escena. Este esfuerzo sólo dió de sí, la obra de circunstancia».

En 1823 surge como autor dramático con su tragedia «Dido», Juan Cruz Varela. Esta aparición significa en la primera época nacional, la gran composición poética que nace de una razón de ser independiente de todo objetivo político, social o doctrinario. Según Menéndez y Pelayo, es Varela el primero de los poetas argentinos, verdaderamente digno de este título.

Sarmiento dice en su «Facundo» sintetizando la cultura y refinamiento de la sociedad de Buenos Aires hacia 1828: «Todos los europeos que arribaban creían hallarse en Europa, en los salones de París». Pero he aquí que llegamos, en esta rápida síntesis de la obra interesantísima por aspectos que detallaremos, del señor Giménez Pastor, al romanticismo que en Argentina coincidió con la época de don Juan Manuel de Rosas.

Roto el equilibrio efímero de que gozaron los argentinos bajo el gobierno de don Bernardino Rivadavia, entre las tendencias federalistas y unitarias, es decir, entre la democracia que pretendía agruparse en torno a un caudillo local y la que deseaba una organización unida bajo un poder único. Esto originó un caos que fué como la irrupción manifiesta de violencias y enconos acumulados, que condujeron al despotismo de Rosas, «caudillo bonaerense que había llegado a dominar la situación con decisiva fuerza personal».

Caídos en descrédito los gobiernos de la ciudad que se habían ido sucediendo, impotentes contra la disolución, es llamado Rosas en 1829 «para que arregle la administración interior, prevenga las conspiraciones de los anarquistas y afiance el orden y la tranquilidad pública»: De aquí su título de Restaurador de las Leyes.

Durante veinte años surgieron a la superficie de la sociedad argentina, como características predominantes de esta época, una sumisión servil y una rebeldía cívica formando un drama de

sombras y sangre que sirvió de terreno riquísimo y de elemento fertilizante al romanticismo.

«En el Plata—dice el Dr. Giménez Pastor—se convirtieron entonces, gracias a la tiranía y al terror, las fantasías románticas, en dramática realidad individual y social, en la vida misma de los días de Rosas».

Hacia 1838, la atmósfera empieza a ser irrespirable para los espíritus jóvenes ávidos de libre expresión y de insobornable dignidad humana, y comienza la expatriación. Los de Buenos Aires se acogen al asilo de Montevideo y los de las provincias del interior hacia Bolivia y Chile.

«Política y estética se funden en un concepto de trascendentalidad social que no ha de querer ya arte ni poesía dentro de sus fines propios, sino con significado y proyecciones de sentido ideológico que llegan a fundirse pintorescamente aún en lo trivial».

Otra orientación del romanticismo argentino, fué su anhelo de independencia respecto a España, referido a lo colonial, y su ímpetu de erguirse dentro de un molde netamente americano. No sufrió, pues, la atracción de un pasado histórico exótico, sino que se limitó al drama nacional y a su amor vehemente por la libertad de su patria.

Es la época de Esteban Echeverría, de Sarmiento, Mitre Vicente Fidel López, Mármol y otros que forman la recia legión de expatriados.

En Chile «hogar trasandino», como lo llama Giménez Pastor, el grupo de expatriados encendió un foco de ardorosa contienda intelectual que hizo vibrar en amor patrio el espíritu chileno. Cada uno de los refugiados enarboló una bandera estética en apostolado de rebeldía, contra el magisterio clásico de don Andrés Bello. Pero esta contienda sirvió para «remover espíritus» y agitar ideas.

«Bella prueba de libertad intelectual, muy honrosa para Chile—dice Giménez Pastor—fué abrir las columnas de su pren-

sa con franca entereza de ánimo, superior a cálculos de egoísmo político y local, a una juventud arrebatada y turbulenta, que atacaba las normas de una cultura que podía legítimamente ser mirada como orgullo del país».

La figura de Sarmiento, deja como síntesis de su valor literario, la de un genio personalísimo inadaptado a moldes clásicos, bárbaro e impetuoso, pero capaz de sentir la belleza y expresarla en forma espontánea y vívida. «Es la vida hablando» en sus cincuenta y dos volúmenes.

Los setenta y siete años de su existencia, abrazaron en el proceso de su desenvolvimiento la historia y literatura de su país, desde el pronunciamiento de mayo de 1810, hasta el que se definió en 1880. «Una vida en la pluma» la sintetiza Giménez Pastor.

En contraste con el florecimiento intelectual de la expatriación, la anestesia casi total del pensamiento dentro del territorio argentino, pareció ser sacudida después de la batalla de Caseros y con la reorganización del país, los estudios históricos fueron los primeros en resurgir, con Pedro de Angelis y los documentistas. Actividad de laboriosas hormigas consagradas al descubrimiento y revelación de documentos históricos, y cuyos esfuerzos inician la filosofía de la historia.

El «gauchismo» resurge también vigoroso con Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández, autor este último, de «Martín Fierro» la obra más popular de la literatura argentina; nacionalización típica de una poesía con sello de espíritu y ambiente nativos.

Después de la contienda civil entre Buenos Aires y la Confederación, incubada después del triunfo de Caseros por las armas unitarias, la batalla de Pavón que dió solución a este conflicto, marca una hora limítrofe en la historia sociológica y literaria argentina. Una afluencia inmigratoria de «caudaloso raudal», renovó la homogeneidad del patriciado nativo, entregando a manos extranjeras la posesión de las fortunas.

Juegos florales, teatros, diarios, revistas, difusión de libros europeos, generalización de viajes a Europa, ampliaron, abri-llantaron y dieron circulación de ricas energías, al ambiente in-telectual y social.

Carlos Guido Spano, Olegario Andrade, Calixto Oyuela, son los poetas más altos de esa generación junto a Rafael Obliga-do de quien dice Giménez Pastor: «Ha cantado a la patria y ha cantado la patria, pero su don de verdadero poeta nacional está mucho más en la fragancia de su poesía, en las visiones, las voces y los recuerdos familiares, que en los arrogantes ecos de la alocución patriótica».

En oposición a esta poesía, surge Almafuerte, Pedro Bo-nifacio Palacios, «fuerza de la naturaleza que va a derramarse lejos» y que despierta en torno, los más contradictorios concep-tos. Uno de sus admiradores le proclama «síntesis de razas» genio sucesor de Nietzsche, Ibsen y Hugo. Calixto Oyuela en cambio, dice de él: «confieso sin ambages un radical disenti-miento con los que le atribuyen un valor poético eminente y de atenerse a mi juicio, este éndiosado escritor no figuraría en esta colección». Se refiere a su «Antología poética hispano-americana».

La novela moderna en Argentina se inicia con Eugenio Cambaceres. Exponentes del naturalismo de Zola, sus obras se documentan en la autobiografía y están orientadas hacia un pesimismo amargo.

Lucio Vicente López, José Miró, Eduardo Wilde, son con Cambaceres, los novelistas más destacados entre aquellos que encarnaron la generación del noventa.

Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, habían comenzado la publicación de sus estudios históricos sobre la República Ar-gentina. El primero fundamenta su obra en una concienzuda preparación documental. El segundo anima la suya con evoca-ción palpitante de vida, «de calor y color de visión personal».

Desde el gobierno del presidente Avellaneda y durante se-senta y tres años de labor consagrada a la Argentina, el francés

Paul Groussac ejerció la crítica literaria fuera de sus producciones originales en la novela, el cuento, el teatro, libros de semblanzas y estudios literarios e históricos.

Hacia 1890 un debilitamiento en el esfuerzo de creación debido a cierta molición del espíritu producida por el excesivo bienestar económico, hizo que la crítica de Groussac apareciera inflexiblemente severa, pero su magisterio intelectual, tuvo una trascendencia que puede considerarse a su vez histórica.

La aparición de las «Prosas Profanas» de Darío proclamaba la iniciación de una nueva etapa literaria. Las características de ella, son un refinado anhelo poético que hace del escritor un elemento emancipado en su obra, de toda otra finalidad que no sea la de realizarla; la institución de la bohemia al modo de Verlaine, que, aparte sus aspectos negativos, sirvió para hacer que la labor de escritor fuera mirada como objeto de consagración, a igual título que otras actividades no puramente prácticas de la inteligencia.

De la pléyade argentina que floreció en torno a Darío, surgió Leopoldo Lugones. «La versatilidad de su inquietud, espoleada por el ardor de probar sus potencias en todos los ejercicios del entendimiento y lo muy combatido y lo muy ensalzado que fué, difieren más en él que en otros al tiempo la afirmación del concepto definitivo de su obra». Pero Lugones es el escritor argentino que más vasta y potente irradiación alcanzó en el horizonte americano de los últimos treinta años.

Sin embargo, pese a la revolución modernista que difundió su acción a toda América y la extendió a España, no fué el verso sino la prosa, afirmada en el concepto estético de Groussac la que resurgió vigorosa en el cuento y la novela.

De la primera etapa de esta germinación, es «Velada de cuentos» de Arturo Giménez Pastor, primera obra literaria argentina traducida al danés y al sueco.

Entre otros, que fueron en su hora de incorporación al mundo literario, verdaderos acontecimientos, Enrique Larreta

prestigia con auténtica aristocracia esta etapa. «La gloria de don Ramiro» pertenece al tipo de novela artística. Una vida en tiempos de Felipe II, estudiada a través de una larga permanencia en España, de su autor; reconstrucción social y psicológica revestida de un estilo de vigoroso y concentrado casticismo español,

Esmeradísima y magnífica obra de artista del suntuoso decir, fué la novela lograda después de cinco años en que diversas versiones de la misma obra, no conseguían satisfacer a su autor.

Obra española por ambiente, por acción, por color de época y por el lenguaje, ha sido considerada desde su aparición, como obra eminente de la literatura argentina.

«No hay ninguna razón para que el escritor haya de atenerse necesariamente, para no ser ajeno a su comunidad vernácula, a realizaciones literarias de materia nacional, siempre que una razón de arte superior aliente la libre elección fuera de su mundo propio».

Guillermo Enrique Hudson y Horacio Quiroga, realizan el cuento como expresión de la vida propia del país, en sus manifestaciones peculiares de naturaleza, modalidades y carácter. Relatos de la pampa y de la selva, más descriptivos en Hudson y de intensa dramática en Quiroga, vincularon esta forma literaria, a las tierras del interior, escasamente conocidas.

A principios del siglo XX, la prensa bonaerense vivió una época de incomparable esplendor. Escritores europeos y los americanos, Martí, Darío y Rodó, coincidieron en ella, con sus colaboraciones.

«La Nación» de Buenos Aires, inauguró por aquella época, una sección de artículos con seudónimo que estimuló considerablemente la producción literaria de la nueva promoción de escritores.

A esa época pertenece Emilio Becker, José Ingenieros, Carlos Octavio Bunge etc.: El primero, escritor de finísima sensibilidad, malograda en temprana juventud por un des-

equilibrio psicológico que lo empujó, hasta perderlo, en la bebida. Bungue e Ingenieros se sirven de la literatura, como expresión de la abundancia y variedad de sus conocimientos. Estudios psicológicos, sociológicos y filosóficos, se mezclan en ellos, con estudios literarios, en nexos entre la ciencia y el arte.

En la contribución femenina a las letras argentinas, Giménez Pastor destaca a Victoria Ocampo, Delfina Bungue de Gálvez, Alfonsina Storni, Margarita Abella Caprile, María Rosa Lida, María Magdalena Fragueiro Olivera y Nora Lange, conjunto de temperamentos relevantes orientados hacia distintos campos del pensamiento y la sensibilidad.

Jorge Luis Borges trajo de Europa un mensaje estético cuyos postulados implican una renovación literaria: reducción de la lírica a su elemento primordial, la metáfora, podría ser la síntesis de ellos. Y se transparentan en la producción actual, ideas como ésta, de Borges, que han servido para considerar la esencia, el espíritu de las palabras y adquirir clarificada conciencia del lenguaje, tan indispensable al escritor. «Pienso que las palabras hay que conquistarlas, viviéndolas y que la aparente publicidad que el diccionario les regala, es una falsía. Que nadie se anime a escribir «suburbio» sin haber caminoteado largamente por sus veredas altas; sin haberlo deseado y padecido como a una novia; sin haber sentido sus tapias, sus campitos, sus lunas a la vuelta de un almacén, como una generosidad...».

Luis Cané, Arturo Capdevila, en poesía; Martínez Zuviría, Manuel Gálvez, Ricardo Güiraldes, Ricardo Rojas, en la novela los primeros, en el ensayo histórico, sociológico o filosófico, el último, se destacan en las últimas generaciones.

Y con éxito que se mantiene en su hora de plenitud, Eduardo Mellea representa la novela de orientación filosófica, cuya síntesis es la organización y estructura de la vida del individuo en el plano espiritual.

La obra del Dr. Arturo Giménez Pastor, termina con un acápite de la comunicación del conde de Keyserling, al Instituto

Internacional de Cooperación Intelectual, durante las reuniones celebradas por dicho Instituto en Buenos Aires, el año 1937. «La era propiamente literaria ha concluído. Ciertamente habrá siempre escritores que desempeñarán un gran papel; pero no como escritores. Los videntes, los profetas, los tribunos, representarán fuerzas de más en más formidables. En resumen, apenas habrá exageración en afirmar que cuanto más grande es hoy en día el mérito exclusivamente literario de un alto espíritu, tanto menos cuenta como influencia nacional y universal».

Sería largo y deprimente comentar este aspecto de la fisonomía de nuestra época, pero la rotunda negativa de un digno porvenir literario, que significan las palabras de Keyserling, parecen ser contradichas por la difusión que esta misma época materialista y utilitaria, presta a las manifestaciones del espíritu, facilitando su intercambio entre los países y continentes. «La Historia de la Literatura Argentina» del Dr. Arturo Giménez Pastor, contribuye, en forma llena de méritos, a esta difusión de los altos valores de la inteligencia. Su libro se lee como la más fina y vívida de las novelas. El movimiento, rico de humanidad, de los espíritus que forman la tradición literaria de Argentina, anima escenas históricas, épocas, escuelas, orientaciones, con la dramaticidad de personajes.

Un lenguaje riquísimo, una claridad firme para diseñar las personalidades y los valores, hacen de este libro, un aporte de méritos difícilmente comparables, para el conocimiento de la literatura argentina.